

DEVENIRES

REVISTA DE FILOSOFÍA Y FILOSOFÍA DE LA CULTURA

Artículos

DANIEL CABALLERO LÓPEZ El sentido de *La docta ignorancia*
desde su reconstrucción crítica

JOSÉ PEDRO ARRIAGA ARROYO La teoría de las Ideas. Una exposición esquemática
de la filosofía de Albert Lautman

JUAN PABLO JAIME NIETO Una lectura existencial
a *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak

JANÍN ORTIZ CUARA La Hermenéutica gadameriana y la Razón razonable
villoriana, dos filosofías prácticas

Dossier

Enseñar, aprender, hacer filosofía
en tiempos de pandemia

FRANCISCO JAVIER DOSIL MANCILLA La educación filosófica
y la reconstrucción convivencial

MILTON CERON ZAMORA Reflexiones sobre la enseñanza de la filosofía
en tiempos pandémicos

SUSANA VERÓNICA PLIEGO PÉREZ Perspectiva (bio)semiótica sobre las agresiones
al personal de salud en México



PRESENTACIÓN

Enseñar, aprender, hacer filosofía en tiempos de pandemia

Sin importar profesión o vocación, la pandemia de COVID-19 nos ha puesto en la palmaria obligación de replantearnos el poder respirar como un privilegio, la fragilidad de la propia vida y lo que de ella depende; cómo reconocer lo bien sabido y distinguirlo de la desinformación, dolosa o no; poder tomar la palabra para decir lo debido; sentarnos a la mesa con seres queridos una vez más. Hacer filosofía se nos revela como una oportunidad cotidiana, global y práctica. A quienes somos profesionales de la filosofía y nos dedicamos a enseñarla en los diferentes niveles educativos, esta circunstancia nos ha obligado –entre otros cambios radicales– a aprender a usar tecnologías de comunicación a distancia como medio para impartir clases y cumplir con actividades colegiadas, a recurrir a libros, revistas electrónicas y videos como materiales de lectura, y a atender a congresos y conversaciones especializadas en temas filosóficos con interlocutores desmaterializados situados en diversas partes del planeta.

Quienes declaran que quieren aprender filosofía, por su parte, también enfrentan condiciones que cuestionan de fondo el sentido de los hábitos institucionalizados antes de la pandemia. Hay quien tiene grandes dificultades para “estar presente” en una clase a distancia, como también hay quien puede hacerlo ahora que no tiene que pagar los costos del transporte público. En general, todas y todos hemos ido cambiando hábitos que dábamos por sentado. Uno de ellos era el de tener clases presenciales –asistir a clases de filosofía en un mismo espacio físico–. El autoconfinamiento como estrategia de contención de los contagios nos reveló que las clases presenciales podían llegar a ser una excepción que no deberíamos derrochar. Hemos entrado en lo que se ha llamado una “nueva normalidad” que, como sugiere Javier Dosil en su texto ‘La educación filosófica y la reconstrucción

convivencial', aquí incluido, probablemente no sea ni tan nueva ni tan normal como para no plantearse oponer medidas de resistencia.

A inicios de 2021, pasado casi un año de experiencia de la pandemia, *Devenires* solicitó contribuciones que reflexionaran sobre el ejercicio de la filosofía en el contexto de la emergencia de salud pública. En la convocatoria se invocaron acciones que se veían intensificadas en tales circunstancias: enseñar, aprender y hacer filosofía. Como resultado, presentamos aquí tres contribuciones que enfocan este cometido desde ángulos muy distintos.

Dosil conmina en su artículo a poner a disposición del estudiantado conceptos que amplíen su comprensión de la crisis y en general de la realidad humana. ¿Cuál sería el sentido general de las estrategias de resistencia que podrían trabajarse en el aula para contrarrestar los efectos más nocivos de la pandemia? El autor encuentra una pista en la noción de *convivencialidad* propuesta por Iván Illich: un depender del otro, un reconocer la necesidad de desarrollar vínculos afectivos reales y relaciones de confianza mutua. Para aterrizar esta noción en el caso específico de la enseñanza y el aprendizaje de la filosofía, especialmente en tiempos de crisis, Dosil echa mano de dos conceptos: el de *transicionalidad*, introducido por David Winnicott, y el de *zona de desarrollo próximo*, propuesto por Lev Vygotski. Según Winnicott, un objeto transicional permite al infante, en su desarrollo temprano, iniciar el proceso de independización —el objeto es un sustituto que una vez superado en la práctica no obstante permanece en el plano simbólico. Extendiendo esta idea, el espacio transicional sería el lugar en donde el sujeto puede entregarse a la autoconstrucción. Ahora bien, si nos preguntamos, a fin de cuentas, ¿qué motiva la búsqueda de una o un estudiante de filosofía? Presuntamente su motor no es meramente la superación profesional —que para ello bien podría encontrar menos tortuosas rutas—, sino acceder a un grado de comprensión que le permita ubicarse mejor en el mundo. Pero es evidente que para ello jamás será suficiente la acumulación de información histórica o teórica, sino que tienen que presentarse las condiciones para su apropiación. Dosil concluye: “Defender el espacio transicional es defender la filosofía, pues es su lugar” (p. 147).

La zona de desarrollo próximo, por su parte, “es la distancia entre los niveles de desarrollo real y potencial: lo que el individuo no sabría hacer

solo, pero que logra realizar en buena compañía.” (*ibid.*) Ante el desafío que ha supuesto enfrentar por lo menos un tramo del proceso formativo de manera despersonalizada, en aislamiento y hasta en confinamiento, Dosil apunta a la reconfiguración de la zona de desarrollo próximo, sin perder de vista que esta no es unidireccional (las y los que enseñan también aprenden, y viceversa), y que en ella se interpela a un “Otro simbólico”, en el que las personas actúan como creen que deberían actuar (por ejemplo, en tanto que estudiantes, profesoras/es o filósofas/os), lo que les permite avanzar en su desarrollo. Para Dosil, acertar en tal reconfiguración es aportar a la convivencialidad.

En su contribución ‘Reflexiones sobre la enseñanza de la filosofía en tiempos pandémicos’, Milton Ceron examina cómo durante la emergencia sanitaria el aula física migró a la virtualidad, agudizando las perennes preguntas: ¿acaso es allí donde exclusivamente pertenecía? ¿En qué ámbitos, más allá de la torre de marfil, incide la filosofía? Por lo demás, el traslado obligado de la docencia al espacio virtual pone de relieve el hecho de que actualmente en el internet, al alcance de casi cualquiera, está una cantidad inconmensurable de información –lo difícil no es obtenerla, sino cernirla–. Pero entonces ¿merece la pena generar y digitalizar nuevo material didáctico, cuando existe ya un océano de material disponible? De acuerdo con Cerón,

[El] alumnado puede aprender cuestiones relevantes respecto a varios tópicos de la filosofía mediante contenido divulgativo, pero para aprender a filosofar se necesita de la instrucción del profesional [...] El aula física se perdió con la pandemia, pero se ganó la oportunidad de enseñar filosofía desde otra perspectiva: no enseñanza enciclopedista; sí enseñanza activa y significativa. (p. 159)

Como nos recuerda Cerón, la filosofía también es hija de su tiempo. “Enseñar filosofía es enseñar a problematizar y desentrañar lo oscuro de la realidad contingente” (p. 162). La virtualidad a la que nos ha orillado la pandemia representa una oportunidad para reconsiderar actitudes y prácticas filosóficas. En especial, obliga al docente a reexaminar el alcance y pertinencia de su labor educativa, dejando en claro, por si no lo estaba, que la enseñanza de la filosofía es en sí misma una rama del conocimiento filosófico.

La tercera contribución a este dossier, ‘Perspectiva (bio)semiótica sobre las agresiones al personal de salud en México durante la pandemia de COVID-19’, aportada por Susana Pliego, combina la “semiótica del miedo” de Yuri Lotman con la biosemiótica de Jesper Hoffmeyer, con el objetivo de dimensionar el hecho que trabajadoras y trabajadores de la salud, que por vocación y sentido de la responsabilidad enfrentaron la enfermedad aun antes de comprender los riesgos a los que se exponían, se hayan convertido en víctimas de agresiones. La autora alude a una combinación de factores como la difusión de información maliciosa, la debilidad de la respuesta institucional ante la ignorancia y el prejuicio hacia el conocimiento científico. El resultado ha sido una pandemia del miedo, reforzada por “la incertidumbre, la inestabilidad, la emergencia en el ambiente, el peligro, la inminencia de la muerte” (p. 206). En este contexto, la amenaza predominante “es la que representa el cuerpo de aquellos que están en contacto con la nueva y desconocida enfermedad, [y que] también abarca a los centros en los que se atiende a quienes la padecen” (*ibid.*). Para hacer frente al temor generalizado, Pliego destaca la capacidad empática entre las personas mediada por el discurso. A través del filtro de la empatía sería posible dimensionar la amenaza de la enfermedad y asignarle su justa medida.

La pandemia nos ha obligado a reflexionar filosóficamente sobre la práctica y la enseñanza de la filosofía –recordándonos de paso, una vez más, su cercanía–. Nos ha obligado a hacer filosofía y también a ponerla en juego de inmediato, pues es ahora que estamos viendo dislocadas su práctica y su enseñanza, junto con el resto de nuestras vidas. Los trabajos aquí reunidos dan una muestra de que el interés por el ejercicio filosófico no decae en tiempos de la pandemia; dan muestra de cómo la filosofía existe, es vista, nombrada, reflexionada, transmitida conforme transcurren intentos en nuestras comunidades de aprendizaje por adaptarse a las circunstancias adversas.

Ana Cristina Ramírez Barreto y Federico Marulanda Rey
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo